

HISTORIA Y LIBERTAD EN ROUSSEAU

Hace muchos años —más o menos los que cuenta el presente siglo— que la vieja acusación romántica contra el siglo XVIII por la total impermeabilidad de éste a la conciencia histórica se ha mostrado como un mito creado por una retórica polémica muy alejada de la realidad. En este punto, como en tantos otros, el romanticismo se mueve con un bagaje muy similar al del movimiento que le precede invirtiendo el sistema de valoraciones internas; si la concepción ilustrada de la historia tiene límites indudables, tampoco la romántica carece de ellos. Una de las razones que explican esto reside en la indentificación superficial del siglo XVIII con una idea estrecha y encorsetada de «ilustración» que, teniendo su origen en intereses personales de determinados investigadores, no ha podido resistir el envite de una crítica histórica medianamente rigurosa. La propia idea, tantas veces aducida como creación desde la nada, del dinamismo de las realidades vivas regido por su morfogénesis interna, no resulta tan nueva. La investigación actual se ve forzada a enfrentarse de modo ineludible con la peculiar conciencia histórica del siglo XVIII; obras decisivas en el desarrollo del historicismo¹ y estudios clásicos de investigadores de otra ideología² han ido poniendo los cimientos de una nueva visión en la que aquella imagen esquemática queda desbordada.

No obstante, el saldo final aparece singularmente confuso. Si bien no parece sostenible el viejo mito romántico, movido y propagado quizá por intereses extraintelectuales (piénsese en la peculiar personalidad de un Herder), nadie afirmaría tampoco que el siglo XVIII es una época de conciencia histórica triunfante y su revalorización camina más bien en la línea de encontrar allí *gérmenes* en estado inconexo y disperso que sólo más tarde fructificarán sin trabas; por ello, el racionalismo doctrinario de los autores más representativos del siglo torpedea el desarrollo de esos gérmenes en el sentido de una «mitohistoria» de la razón y ello prohíbe atribuir a sus autores una conciencia histórica madura. Este juicio, tantas veces repetido ya, tiene sin duda sus fun-

1. Aquí la pionera es la investigación de Ditley 'El mundo histórico y el siglo XVIII', que data originariamente de 1901, y está recogida en el vol. VII de sus *Obras* bajo el título general *El mundo histórico*. Trad. E. Imaz, 2 ed. (FCE, México 1978) 345-406. En su estilo sigue insuperada la gran obra de F. Meinecke, *El historicismo y su génesis*. Trad. J. Mingarro y T. Muñoz (FCE, México 1943).

2. Ante todo, el caso del neokantiano E. Cassirer, *Filosofía de la Ilustración*. Trad. E. Imaz, 3 ed. (FCE, México 1972) pp. 222-80.